

La Tarea de Sarmiento y su Significación

Por Juan Mantovani.

I. *Personalidad original*

Sarmiento, que no fue hijo de ninguna universidad, sino de la vida y de su esfuerzo de autodidacto, constituye un tema de estudio permanente y de análisis afanoso en el ámbito universitario. Se le discutió durante su existencia y continúa polemizándose en torno de él a los 73 años de su muerte, acaso porque necesitamos comprenderlo, interpretarlo, asimilarlo. Somos su posteridad, el pueblo que nació de sus sueños, y por ser sus hijos también necesitamos superarlo. Sabemos que las aparentes contradicciones de su vida turbulenta no comprometerían la unidad de su estilo, unidad que está en el hombre hecho de potencia, genio y pasión: una especie de caos, como dijo de él Lugones. Es la personalidad más vigorosa y original de la historia argentina; luchador del espíritu, áspero e incorruptible, identificaba su yo con el de la Patria. Como ha dicho Martínez Estrada, "su personalidad entera resulta el mapa viviente y la encarnación mesiánica de su país en un hombre"¹. Fue un pensador, no de meras abstracciones o desenvolvimientos intelectuales, sino que vivió apasionadamente en el campo de la historia, en relación viva con los hechos, con los hombres, con los ideales y las tradiciones en un juego infatigable de amor y rechazo. Rechazo a la barbarie y a la tiranía, a la ignorancia y a la inercia que engendran la miseria; amor al espíritu y a la inteligencia, al orden y al esfuerzo creador. Por eso se ha dicho que encarna "el espíritu de creación" frente al "espíritu de disolución". Y esta lucha la emprende con tanta pujanza y arrebató que él también se levanta como un bárbaro frente a la barbarie.

Tiene para nosotros, los argentinos, algo que lo vuelve más cercano, más familiar: como pocos, casi como ninguno, sintió el latido de su tierra y el alma de su pueblo, humanidades concretas, reales creadas

¹ Ezequiel Martínez Estrada, *Sarmiento* Buenos Aires, Argos, 1946

por nuestra existencia histórica. Ese sentimiento impulsó su gigantesca empresa de civilizador. La tarea de Sarmiento, como la de su generación —esa generación que se formó austera en los duros avatares de la proscripción y que en el 53 irrumpe en el país y se prolonga en los hombres del 80— fue la de organizar la Nación. Hacer surgir de la realidad histórica el orden y el alma de una civilización fue su empresa, no quimérica sino posible, inaplazable. Otros grandes argentinos trabajaron en ella, algunos quizá con mayor eficacia, saber y sistema que Sarmiento; pero nadie como él con su empuje constructivo y su pasión civilizadora.

II. *Las dos generaciones después de Mayo*

A partir de la Revolución de Mayo dos generaciones sucesivas de argentinos se sintieron impulsadas por idéntico imperativo: organizar la Nación. La primera fue la generación constituida por los hombres de Mayo, la de la independencia y la libertad, formada ideológicamente en el iluminismo y que tuvo su expresión más prolongada en Beltrano, Moreno, San Martín, Rivadavia, Florencio Varela, y los ideólogos Juan Crisóstomo Lafinur, Fernández de Agüero y Diego Alcoita. Vivían bajo la influencia de la “época de las luces” y creían, siguiendo al iluminismo europeo, que a la historia la hace la razón. Entienden que el ejercicio libre de la razón alejaría de la historia sus contingencias irracionales para instaurar un adecuado orden social. La razón con sus luces aseguraría el progreso y éste se sobrepondría a los hechos absurdos e imperfectos de la realidad. Leyes y decretos inspirados en esquemas europeos construirían la vida institucional de las realidades americanas, porque crear la nueva nación significaba no otra cosa que sustituir el sistema y el espíritu impuestos por la Colonia en este continente. En consecuencia, había que decidir entre uno u otro de los sistemas políticos, porque el progreso se realizaba mediante la aplicación de un orden inteligente a una realidad carente de sentido. Pero la realidad no siempre admite los esquemas; el progreso ordenado se asentaba, pues, sobre la posibilidad de organizar un Estado, monárquico o republicano, con un poder central fuerte. La historia de los países hispanoamericanos tuvo que desarrollarse, necesariamente, dentro de un prolongado vaivén entre la libertad y el despotismo. Los hombres de la generación iluminista, bajo la seducción de esquemas adelantados —inspirados por la filosofía y la política del Viejo Mundo— intentaron aplicar reformas en el seno de la atrasada y agitada vida argentina de esa época. Pero, más que transformaciones, trazaron li-

neamientos para el futuro, para el impreciso y a su parecer no lejano momento en que el país hubiera superado esos estados intermedios cuya principal misión era sacudir las rémoras del ambiente. Trabajaron con alta inspiración y patriotismo, pero acaso con limitada comprensión histórica del medio. Influidos por el iluminismo, esos hombres poseían una naturaleza teórica y universal, más que concreta e histórica. Quisieron, antes que Sarmiento, la fundación de nuestra nacionalidad; pero la quisieron como antítesis del imperio hispánico cuya dominación habían ayudado a sacudir. Por eso eran continentales, tanto o más que nacionales. “Mi patria es toda la América”, decía San Martín en una carta de 1819.

La siguiente generación recibe las influencias del romanticismo francés y está constituida por Echeverría, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Sarmiento, entre otros. Esta generación romántica de 1837 era vitalmente argentina. Más que universales, estos hombres tuvieron un ímpetu y un ethos nítidamente nacionales: concordaban todos “en justificar” —como señala Anderson Imbert— “la ruptura total con España, en expresar las emociones originales que suscitan el paisaje americano y en proponer un sistema político liberal”². A través de autores franceses y de traducciones del alemán al francés de Herder y Vico, los hispanoamericanos se contagiaron de panteísmo historicista.

El historicismo romántico de los pensadores germanos despertó en ellos la conciencia de las realidades nacionales. Francia les había inspirado una concepción de la historia opuesta a la de la Ilustración. La nación no era solamente una idea, sino un sentimiento y una voluntad. En los románticos del Río de la Plata se abrió paso un propósito dinámico, un programa de acción. Tales ideas llegan a conocimiento de Sarmiento en San Juan, más o menos en 1838, por la vía de algunos jóvenes coteráneos que habían ido a estudiar a Buenos Aires, algunos becados en su hora por Rivadavia, y a su regreso fundan la filial de la Asociación de Mayo. Dice Sarmiento en *Recuerdos de Provincia*: “En 1838 fue a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y entusiasmo en las nuevas ideas que agitan el mundo literario en Francia y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e his-

² Enrique Anderson Imbert, *Estudios sobre escritores de América*, (“El historicismo de Sarmiento”) Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954.

Ver también “La generación de Sarmiento y el problema de nuestro destino”, de Aníbal Sánchez Reulet, en *Sur*, Buenos Aires, Nº 47 y *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo*, Universidad Nacional de La Plata, 1945.

toria; Tocqueville, Pedro Leroux en democracia; la "Revista Enciclopédica", como síntesis de todas las doctrinas; Carlos Didier, y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimiento. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionante discusión por las noches en una tertulia, en la que los doctores Cortínez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas. Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluido aquel curso empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a mover y a querer marchar"³. Sarmiento, que hasta los 25 años se había educado en las tradiciones católicas de su provincia natal, que vive después dentro de la concepción romántica de la historia respirada en la atmósfera intelectual de su generación, se evade sin remedio de las rígidas formas de toda escuela filosófica. No es posible adscribirlo a ninguna dirección, porque sus ideas o sus opiniones expresan, a veces, a un romántico, otras a un iluminista; lo que no dejan de expresar nunca es a un hombre singular. Sin embargo durante mucho tiempo el romanticismo fue la nota profunda de esta personalidad hispanoamericana. El suyo es un pensamiento con raíz temperamental. Así lo pinta el venezolano Picón Salas: "no sólo era la necesaria reacción contra la sequedad neoclásica, la expresión de lo íntimo y lo cambiante contra la fría intemporalidad de la literatura anterior, sino también el impulso volcánico con que los pueblos se liberan de toda torpe atadura tradicional y toman conciencia de su nuevo destino. Democracia y romanticismo se juntaban en Sarmiento: afirmación del individuo contra las castas dominadoras, del pueblo contra los autócratas, del trabajo contra el privilegio"⁴.

III. *La tarea de Sarmiento y la generación romántica*

Desde temprano se entrega a la gran aventura histórica de ayudar al surgimiento de la nacionalidad. Retomaba, de este modo, la empresa inicial de los hombres de Mayo y el sueño constructor de Rivadavia, interrumpido por las nieblas del caos y la tiranía. Compartía el credo, pero asentado esta vez sobre bases reales, no ideales. Construir la viva nación argentina era algo más que el sometimiento de la realidad a un esquema jurídico y político no siempre adaptable a lo inmediato, con-

³ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*. Buenos Aires, Emecé Editorial S. A., 1944.

⁴ Mariano Picón Salas, "Actualidad de Sarmiento", aparecido en *La Nación*, Buenos Aires, 8 de julio de 1956.

forme a sus rasgos y a sus dones. El suyo debía ser un trabajo a la inversa, de dentro para fuera: integrar con; la sangre del propio pueblo, saturar de sentimientos y exigencias locales todo un orden, una sociedad, un Estado. Era hacer surgir una civilización como brote inseparable del ser histórico preexistente. Pero una tarea de ese sentido y magnitud no la hace únicamente un héroe, sino éste y su generación. Sarmiento está hondamente enraizado en la realidad de su pueblo: conoce su tierra y su historia, ha oído sus voces secretas —se siente su depositario—, ha auscultado las tendencias veináculas y presiente su destino; destino que ve surgir tras la paciente lucha por despejar las sombras y abrir paso a la civilización. Para la generación romántica se erigía la nación mediante un sistema de afirmaciones y negaciones. Sarmiento las encarna y en tal sentido es un intérprete de su pueblo y del de Hispanoamérica. Había que derribar arcaicas tradiciones coloniales; por eso el antiespañolismo de Sarmiento nace de su oposición a las instituciones y costumbres regresivas que la España teocrática había sembrado en los pueblos de América.

La tarea de Sarmiento tuvo dos vertientes: una negativa, la crítica; y otra positiva, la construcción. Con la primera mostió los males: la extensión despoblada, la incultura, la indolencia, resabios del sistema español. Tan pronto como señalaba las fallas de nuestra vida pampeana señalaba las soluciones. Trabajaba con vitales antinomias: desierto e inmigración, incultura y educación, despotismo y libertad, indolencia y trabajo, todo ello condensado apasionadamente en su planteo fundamental de *civilización y barbarie*. Son los dos términos que, como ideas madres, pronuncia, sueña y escribe con obstinación. Las fuerzas de su concepción dialéctica de la historia están representadas por esos dos conceptos tan simples y tan discutidos que inicialmente expuso en *Facundo*, en cuyas páginas superpone, a la visión inolvidable de nuestra pampa viviente, la teoría que habla de su atraso y alumbra desde la raíz las causas de su desgracia. *Facundo* es una obra literaria, pero también de filosofía de la historia, de política, de fundamentos de una pedagogía nacional: la primera y gran pedagogía nacional que surge en Hispanoamérica.

Rasgo del genio de Sarmiento es la sencillez de sus ideas. Las suyas son ideas sencillas, pero también grandes y claras, y llevan, latente una potencialidad asombrosa de expansión y ejecución. Están impregnadas de fe: son ideas directrices, y su portador es un precursor y un conductor que mira hacia el futuro. Eso es Sarmiento: un espíritu ejecutivo y profético a la vez. La originalidad no consistía tanto en sus ideas como en su pasión por convertirlas en hechos. Pasión de

maestro de un pueblo, sostenida en su poderosa voluntad. "Nada grande se ha hecho en el mundo sin pasión", ha dicho Hegel en su *Filosofía de la Historia*.

Derrocado el gobierno de Rosas y dominada la anarquía, el país emprende una tarea constituyente y organizadora, y así transcurren años de dura lucha entre la provincia de Buenos Aires y la Confederación. Era necesario realizar la unidad política y espiritual de la Nación, obrar con voluntad de país civilizado y afirmar el imperio de la ley y la autoridad constituida, abrir los puertos y los ríos al comercio universal, construir caminos y vías férreas, favorecer la libre expansión de las fuerzas económicas, pero, sobre todo, educar las masas por la escuela primaria, remover todos los obstáculos morales, renovar las costumbres y familiarizar la vida con un ambiente de libertad y de deber. Todo esto era civilizar; algo más que poblar y alentar medios de trabajo y producción. Era elaborar una conciencia de la vida argentina que alentase la actividad cotidiana y el proceso de formación histórica de la Nación. Al apotegma de Alberdi, "gobernar es poblar", se sumó el de Sarmiento: "gobernar es educar".

Sarmiento había vuelto de Chile en 1851, junto con otros unitarios exiliados, para incorporarse al ejército libertador de Urquiza. De aquella diaria experiencia de "boletínero" iban a surgir, más tarde, las emocionantes páginas de *Campaña en el Ejército Grande de Sud América*, que publica en Chile, de nuevo prófugo, proscrito, como él mismo se dice, pues al cumplirse un mes de la batalla de Caseros, por disidencias profundas con Urquiza, retorna otra vez a su hogar del destierro voluntario. Allí vivió tres años y medio, estremecido por la inacción y el impulso de volver a servir en la urgente tarea de organizar el país. Al fin decide regresar, en 1855, y acompaña a los hombres de Buenos Aires, ansioso de ver restablecida la unión de todos los argentinos. Vuelve del destierro "para comenzar —como ha dicho Pedro Henríquez Ureña— su larga carrera de constructor de la nación, el más grande que en su especie ha conocido América"⁵. Se impuso el esfuerzo, como todos los hombres de su generación, de dar a la Patria, interna y externamente, estructura y aliento de nación civilizada. Sarmiento poseía un abnegado sentimiento de patriotismo. Martínez Estrada le atribuye un instinto de paternidad que tiene relación con el destino de su patria, y una psicología de patriarca de fuerte autoritarismo moral. No tenía preocupaciones de clase o de abolengo, sino más bien morales, ya que luce como un mérito su pobreza. Su enverga-

⁵ Pedro Henríquez Ureña, "Perfil de Sarmiento", en *Plenitud de América*, Ensayos Escogidos Buenos Aires, Peña del Guárdice, 1952

dua moral, más que sus grandes poderes intelectuales, lo impuso en el medio, con su tarea incesante, su vida impetuosa, sus batallas políticas y culturales. Una tónica caracteriza su prolongada jornada de constructor: el dinamismo. Hombre dinámico, consideraba mortales los períodos históricos de indiferencia.

IV. *El credo pedagógico*

Del ideario civilizador de Sarmiento forma parte su credo pedagógico, que tiene como esencia su conocida fórmula, "educar al soberano". Creyó en la eficacia de la educación para resolver problemas fundamentales de la vida argentina y americana. El haber sido maestro de escuela, y su preferencia por este título y calidad, lo singulariza entre sus rasgos proteicos de luchador y de hombre. En su estudio crítico y biográfico sobre el prócer dice Carlos Octavio Bunge que Sarmiento poseyó indeleble la mentalidad propia de la profesión del maestro de escuela, con todas sus buenas cualidades —estudioso, observador, lector infatigable— y sus defectos característicos, particularmente el dogmatismo del que ha ejercido la enseñanza con autoritarismo docente sobre la niñez. Pero no contemplaba a la educación dentro de los límites con que la suele mirar un maestro de escuela.

Sarmiento se sentía un vocero de Mayo, y fiel a ese dogma no reconocía otra soberanía que la del pueblo. Al pueblo había que despojarlo de los atributos de la montonera, que envilecen, y capacitarlo para el ejercicio de las instituciones republicanas. El ideal democrático se convertía así, para él, en un problema moral, en un problema de educación. Su yo complejo y altivo gira siempre alrededor de la educación del pueblo. Su campaña pedagógica, iniciada de modo espontáneo en los primeros años de su destierro en Chile, se vigoriza reflexivamente después de sus viajes por Europa y los Estados Unidos con la publicación de su libro *De la educación popular*, en 1849. La obra encierra una doctrina y una práctica de la educación del pueblo, y es el mensaje de un civilizador. Es el primer libro de magnitud, sobre la materia, que se publica en Sudamérica. Desde entonces aparecen sucesivamente sus trabajos sobre educación, multiplicados al retornar al país. Había elaborado una doctrina de acción derivada de una pedagogía política cuyas fuentes ideológicas se encuentran en el iluminismo francés, en el ideario de Condorcet, en la obra de Guizot, y, sobre todo, en su fe en el poder renovador de la educación y en el deber del Estado de asegurar un régimen de instrucción común que aumente la ilustración general, suprima las desigualdades y facilite la

educación profesional, así como también la de la mujer. Gravitación en su espíritu, además, de modo decisivo, las ideas de Horace Mann, sobre todo su concepción de la escuela común, en una República en “donde —decía— la ignorancia es delito”. Pero hay algo que pertenece sólo a Sarmiento, por la fuerza de su prédica en medio de la indiferencia y la inercia general: considerar a la escuela primaria el órgano supremo de la *educación nacional*, porque es la base de la riqueza y de la tranquilidad, del poder y la libertad de las naciones, y, porque alcanzando al mayor número, mejora o transforma las costumbres, fomenta el estado de moral pública, de conciencia del trabajo y de influencia en la prosperidad general.

Como Jefferson y Horace Mann tenía fe en el prolongado poder individual y social de la educación a cargo de la escuela común. Lejos de servir para obligar a nadie a perpetuarse en el seno de la clase o grupo social en que ha nacido, es un factor más para la continua formación de una élite siempre nueva. En la escuela se encontraban y convivían los hijos de familias pobres y los de las familias pudientes. Esta idea de democratizar el pueblo mediante una *educación común*, igual y abierta para todos, sentados en los mismos bancos escolares, lado a lado, los niños procedentes de todas las clases, además de instruir, instauraba la paz social, suprimía desde temprano odios y prejuicios. Cuando llegó a los Estados Unidos en 1847 encontró una sociedad que aún conservaba barreras semejantes a las que existían en Inglaterra, especialmente en los Estados del Atlántico. Pero al mismo tiempo supo de los esfuerzos que se hacían por una escuela pública, común y libre para todos. No eran de ese momento los esfuerzos; venían desarrollándose desde la convención de 1832, cuando una convención obrera protestó airada contra la resistencia de las legislaturas a reconocer el derecho de todo niño a ser educado por el Estado, aboliéndose poco a poco las trabas que le oponía un antidemocrático prejuicio de clase. Sarmiento fue testigo de la batalla que Horace Mann libraba contra las clases pudientes, deseosas de escuelas privadas y pagas en las que encontraban un servicio educativo de mejor calidad. Fue confidente de los esfuerzos y tribulaciones soportados por Mann para imponer el principio de la educación popular en el seno de la escuela común, con exclusión terminante de privilegios y distinciones. El ideal de la *educación común* inflamó desde entonces la prédica de Sarmiento, convirtiéndose, acaso, en la mejor de las herencias que de él hemos recibido. La filosofía de la escuela común aparece en numerosas páginas de su obra copiosa. La pone de manifiesto en el severo

juicio que le merece, después de su jira de estudio por Europa en 1847, la educación de los principales países de ese continente.

El ideal de educación común, que se concreta en 1884, bajo su inspiración, en la Ley N° 1420, instaura en la República Argentina a fines del siglo XIX, mucho antes que en los países europeos de civilización adelantada, el concepto de la *escuela única*. Implica los principios de educación obligatoria, gratuita, gradual y laica. Sarmiento creía que la escuela pública, que obligaba a los hijos del pueblo a recibir gratuitamente la enseñanza, debía asegurarles una convivencia fácil y una amplia tolerancia, absteniéndose de introducir disputas de partido. El espíritu de facción no puede entrar en el ámbito sereno del aula escolar. La educación democrática tiene que encender ideales cívicos y convertirse en factor de formación política, pero la escuela, por ser de todos, como quería Sarmiento, no es posible que se vea jamás colocada al servicio de ningún proselitismo. De igual modo en materia religiosa debía ser laica, es decir, neutral: ni antirreligiosa, ni atea. Debía cuidarse de imponer, como tampoco de sojuzgar, creencias que pertenecen a lo más íntimo de la conciencia individual.

V. *La extensión de su empresa civilizadora*

Para Sarmiento, la educación está ligada al problema de la subdivisión de la tierra. Los dos ejes fundamentales sobre los que se propone apoyar su gestión gubernativa son: la educación del pueblo y el cultivo de los campos. Creía que uno de los males de América es el de su extensión, por los daños que engendra: el desierto, el aislamiento, el latifundio. Con una concepción distinta, pero con idéntico fervor al de Rivadavia, planteó el problema agrario. Sin embargo encontró grandes obstáculos para su solución, que implicaba la subdivisión de la tierra y el laboreo intensivo. Ambicionaba para el país, en lugar de campos repartidos entre unos cuantos, "sin mensura, sin linderos, sin cercos", una distribución equitativa en las distintas zonas, tal como se había realizado en el magnífico ensayo colonizador de Chivilcoy. Con ello se demostraba que "la pampa no está, como se pretende, condenada a dar pasto a los animales, sino que en pocos años, aquí como en todo el territorio argentino, ha de ser luego asiento de pueblos libres, trabajadores y felices". Un año antes de morir confesó con pena haber sido vencido en este esfuerzo por las calamidades que cayeron sobre su gobierno; acaso, lo que se opuso a la realización de este gran propósito, no fue sino una coalición de intereses y resistencias irreductibles. El abandono de aquel intento, o acaso la necesidad de aplazarlo,

hizo que se reconcentrase en la campaña de educación popular, que no abarcó solamente la educación primaria. Si la prefirió, fue porque su planteo respondía a una necesidad improporcionable; pero siempre demostró un intenso afán por el fomento gubernativo y personal de otros grados y aspectos de la instrucción y la cultura. Sabía que en toda sociedad civilizada debía propiciarse una cultura extensiva para la masa, junto a una cultura de intensidad para una minoría en aptitud de desenvolver los aspectos profundos y los problemas de la ciencia, la filosofía y la alta cultura, sin lo cual no se forman los grupos que ejercen papel directivo en los diferentes campos de la comunidad.

Durante la presidencia de Sarmiento se inició un amplio y coordinado programa de creaciones en la enseñanza secundaria, normal, especial y superior. Fundó colegios nacionales de segunda enseñanza en varias ciudades del interior y elevó el plan a seis años de estudio, con un contenido integrado por ciencias e idiomas —clásicos y modernos— y con una derivación, a cierta altura del desarrollo, hacia la preparación de la vida práctica; tres años de estudio habilitaban para el comercio y cuatro para la agromensura. Con el claro sentido social que animaba su obra educativa, también estableció el funcionamiento de clases nocturnas. Deseaba que no quedase ningún niño sin escuela, ni ningún habitante analfabeto. En este principio democrático tiene su origen la iniciativa de crear escuelas para adultos y soldados, que constituirá más tarde una cláusula de la Ley de Educación Común. Igualmente sostuvo la obligación del Estado y de los propietarios de habilitar dos horas para que reciban instrucción los peones y obreros. Durante su gobierno fundó numerosas escuelas normales, entre ellas la de Paraná, en 1871, madre de sus similares de la República. Instaló una escuela de minería; dotó al Clero de seminarios conciliares, y al ejército y la marina de sus escuelas militar y naval; creó quintas normales para la experimentación agronómica; renovó la Universidad de Córdoba, de antigua tradición escolástica, incorporándole la Facultad de Ciencias Exactas y Físico-Naturales, y fundó en la misma ciudad el Observatorio Astronómico y la Academia de Ciencias; estimuló la educación de ciegos y sordomudos; estableció bibliotecas y museos; propagó laboratorios y gabinetes con el objeto de reempezar los métodos didácticos; hizo levantar el primer censo escolar del país e incorporó a los planes de estudio de la enseñanza media, materias de educación cívica, física y práctica. Instaló museos de mineralogía y gabinetes metalúrgicos y, frente a las exigencias inmediatas de nuestro medio, creyó más eficaz una enseñanza de predominio realista científico y aplicado. Hizo venir al país entre otros sabios de renombre universal,

al físico norteamericano Gould y al naturalista alemán Burmeister. Alentó los primeros pasos de Ameghino, saludándolo como a una promesa de la ciencia, y narró la vida de Muñiz, el primer naturalista argentino. Fomentó las investigaciones científicas, particularmente las de carácter agronómico y minero, y fundó el Departamento Meteorológico. Era un entusiasta del estudio de la naturaleza y del progreso material que asegura el bienestar y la elevación moral del pueblo, pero, sobre todo, siempre defendió el más alto sentido ético de la vida. A él se debe un gran impulso en favor de la lectura del pueblo; fue el gestor de la ley protectora de Bibliotecas Populares, y de una convención cultural con Uruguay, Chile y Colombia para difundir el libro a todos los vientos.

VI. *La generación del 80 y la tarea de Sarmiento*

El núcleo fundamental de la tarea de Sarmiento fue la educación del pueblo, como un medio de transformar la barbarie, de cultivar la vida humana en esta pampa heredera de las costumbres coloniales. Tal núcleo había conquistado su espíritu con fuerza obsesiva, por lo que algunos lo calificaron como una *manía*, término que aceptaba gozoso, porque “sólo cuando una gran aspiración social se convierte en manía, se logra hacerla hecho, institución, conquista”. Pero la tarea de Sarmiento es múltiple y coherente, animada y unificada por su espíritu civilizador. Abarca otras materias: la unión nacional, la reforma de la Constitución, la legislación orgánica, el fomento de la inmigración, la colonización y los ferrocarriles, o sea la supresión del desierto y facilitar el traslado de los productos y la comunicación comercial y espiritual de los hombres. Todo ello lo llevó a reflexionar sobre la condición del extranjero en América y a la necesidad de que los inmigrantes transformasen los viejos hábitos y asimilasen el espíritu y los anhelos de la nueva nación a medida que ella creciese renovada. Participó en debates parlamentarios acerca de política interna, y fueron tenaces sus empeños de diplomático en pro de las buenas relaciones con otros países. Desde el poder implantó los instrumentos que aseguran el orden jurídico y dio a la administración la ley de contabilidad.

Esta gran tarea constructiva prosigue con la histórica generación del 80, a la que Sarmiento está ligado y de la que es como el padre, pues ya entonces su pensamiento habíase orientado en ciertas ideas coincidentes con el positivismo, que comenzaba a dominar en nuestro país. El se adelanta al espíritu de la época, no por meras lecturas; aunque algunas, como las de Franklin, del que era apasionado lector,

despertaron en él, desde temprano, su espíritu dinámico y realista, y su tendencia a la acción. Pero, más que lecturas, tuvo una honda repercusión en su espíritu el espectáculo del adelanto norteamericano, sobre todo después de su segundo viaje a los Estados Unidos. Lo habían impresionado, particularmente, el espíritu de empresa, el gran desarrollo técnico y el de la educación popular. Para los Estados hispanoamericanos esa imagen representaba la orientación práctica y utilitaria de la vida que los encaminaría hacia su evolución y progreso. Seguía siendo soñador, pero tejía sus sueños con hilos anudados de la realidad. Conocía el país en sus apariencias y en sus entrañas, y señalaba sus necesidades y los métodos para resolverlas. Aparece así Sarmiento como el representante más genial del positivismo argentino —según la interpretación de Alejandro Korn— mucho antes de haber leído a Renán y a Taine sin que los libros de éstos hubieran podido agregar después algo fundamental a la posición ya hecha⁶. El conocimiento que tenía de las necesidades de América lo condujo a trazar con acierto planes y programas, y a abrir caminos a las posibilidades argentinas y a la continua superación de sus circunstancias. Profesó un positivismo vernáculo, del que Alberdi fue su verdadero doctrinario, y según el cual nuestra filosofía debía ser un brote de nuestras necesidades. Sarmiento, concordante con esa tendencia, vive un positivismo en acción, traducido en la obra civilizadora que inicia después de Caseros. Su preocupación por saber, era siempre oportunidad de acción contra la rutina y en favor del progreso. Las ideas no constituían para él intereses estrictamente intelectuales, sino una base para resolver las necesidades circundantes. De las ideas a los hechos y del pensamiento a la acción era su método de trabajo infatigable.

La tarea suprema de Sarmiento fue la de realizar un programa de desarrollo económico, institucional y cultural del país, organizar sin tregua la vida civilizada y democrática de la nación argentina, tal como la concebía su tiempo. Corresponde a las nuevas generaciones recoger el propósito de esa empresa, reanudar los esfuerzos de Sarmiento, alentar con un soplo de juventud sus viejas concepciones y, fieles a su consigna de luchador, seguir adelante, superándolo.

⁶ Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, en *Obras*, volumen tercero, Universidad Nacional de La Plata, 1940.